

El matrimonio de Juancho

Joaquín Guillén



El matrimonio de Juancho



Hola, mi nombre es

LUCHO

Capítulo 1

—Habla, Luchito. ¿Estás disponible?

Encendí la lucecita de mi reloj de mano: tres y cuarenta de la madrugada.

—¿Qué pasa, Juancho?

—Luchito, ¿tú eres medio sacerdote, cierto?

—No, soy catequista

—Perfecto, justo lo que necesito. Estoy acá abajo con una flaquita. Necesito que nos cases —dijo él, escuché que ella le murmuró algo a sus espaldas—. ¡Ah, sí! Y también que nos bautices y todo eso

—Juancho, no soy sacerdote. No puedo casar a nadie. Y aunque lo fuera, son las cuatro de la mañana

—Manito, no pasa nada. Ponte una de esas batas de curita que tienes y baja al toque que nos estamos cagando de frío

La historia detrás de la locura de Juancho va más o menos así.

Mesa de póker de los alumnos de la promo 14 del Santa María. Juancho conocía a Mario, uno de los jugadores frecuentes. Para poder entrar al juego, Juancho ahorró por más de cinco meses.

Y por fin, ahí estaba, ganándose a la gente a punta de buen humor y carisma.

—No vayas a creer que soy mal educado —le dijo a Sergio, cuando este le ofreció un whisky de las rocas—, lo que pasa es que estoy tomando pastillas

—¿Pastillas para qué, Juancho? —le preguntó Mario

—Para poder verte mejor —bromeó él—. Y claro, para poder ver mejor sus manos. Por ejemplo, al amigo José... ¿José, cierto?

—Sí, José

—José, te recomendaría que no vayas. Fernando tiene un par en mano que es mayor al tuyo

—¿Le crees? —le preguntó Fernando a José

—No, voy a ir

—¡Eres necio, brother! Te hubieras quedado —dijo Fernando mostrando su par de Ases en mano. Y luego, dirigiéndose a Juancho—: ¿Cómo lo supiste, Juancho? ¿Juancho, no?

—Sí, Juan Diego Saavedra, en realidad. Pero Juancho para los amigos

—¿Y cómo lo supiste?

—Por las pastillas, me permiten ver las cartas

En eso, tocaron el timbre. El dueño de casa, Fernando, abrió. Al rato volvió a la mesa con una chica. Ella era delgada, con una chompa de lana, hecha a mano por algún diseñador australiano o qué se yo. Juancho creía conocer muy bien a esa clase de chicas. Son las que dicen: “No te lo puedo creer, huevona”. Y la cuestión es que ni él mismo se lo podía creer cuando ella tuvo la delicadeza de saludar a cada uno de los jugadores y de presentarse a él, que no la conocía:

—Me llamo Ana Lucía —le dijo

—Yo soy Juan Diego Saavedra. Juancho, para los amigos

—Un placer, Juan Diego

“Dios santo”, me confesaría él en plena madrugada, sentados en la vereda. “Jamás vi chica más linda, simpática y amena. Tú sabes, Luchito, que mujeres así solo aparecen una vez en la vida y esto es. Tenía que hacer algo, ¿no te parece? Me deje llevar por el deseo.”

Mario le había advertido, antes de llegar:

—Hagas lo que hagas, no ganes la partida

—¿Por qué?

—Porque si ganas, no te invitarán nunca más

—¿Y a qué juego si no es a ganar?

—A quedar segundo, tercero. Juega tranquilo. Puedes ganar el doble, el triple de lo que apuestes, pero no quedes primero. ¿Me entiendes?

Lo entendió y estuvo de acuerdo. Era lo mejor. Ganaría un poco de dinero y podría volver a la mesa la siguiente semana. Y quizás, en un futuro no

muy distante, podría ganar también una partida —pero eso cuando ya haya confianza, pensó—.

Juancho jamás imaginó que sucedería lo que sucedió: que apareciera Ana Lucía y que él se enamorara de ella.

"Lujuria, manito, le envidie la enamorada al prójimo y quería morderla ahí mismo en medio de los presentes. Y es que estaba tan suave, tan rosadita y como de caramelo."

Fernando era líder en fichas y el oponente más cercano había igualado su apuesta en la primera ronda. Juancho era tercero en fichas, igualó la apuesta teniendo un proyecto de color. En la segunda ronda, Fernando apostó fuerte. Fue cuando Juancho lo supo: Fernando tenía un trío de K. Al parecer, el segundo en fichas también lo entendió así, porque abandonó la partida. Era el turno de Juancho. Su color todavía podía salir. En una situación normal, se hubiera retirado. Pero en la situación en la que estaba: Ana Lucía sentada en las piernas de Fernando y diciéndole "tú puedes amor" y él, tan solito, queriendo llamar su atención.

—Doblo tu apuesta —le dijo. La mesa emitió un sonido de "esto se pone caliente"

—Igualo —dijo Fernando confiado

El dealer abrió la última carta. Qué buena suerte, Juancho consiguió el color. Ahora solo faltaba esperar a que Fernando hiciera una maniobra estúpida, como seguir apostando.

—Paso —dijo Fernando. No era tonto, se había dado cuenta de la posibilidad del color y prefería perder poco

"Ojala no hubiera sido codicioso, manito. No solo quería ganarle la partida, quería humillarlo delante de su enamorada."

—All-in —dijo Juancho y Mario lo miró furioso. No le importó, Mario ya lo conocía y aun así lo había invitado. Era su culpa

Fernando sonrió.

—¿Qué es eso, lindo? —le preguntó Ana Lucía

—All-in es cuando un jugador apuesta todo su dinero

—¿Y él está...?

—Sí

—Pero vas a ganarle, ¿no?

—Está faroleando, no tiene nada —le dijo José

—¿No tienes nada, cierto? Hace dos juegos le hiciste lo mismo a Sergio, ¿crees que te voy a creer?

—No, hace dos juegos tenía una buena mano para ganarle a Sergio. Él se retiró muy bien y ahora tú deberías hacer lo mismo

—Bueno, yo no me corro. Es más, si tuvieras más fichas, te las apostaría

—¿Y qué tal si apostamos otra cosa?

—¿Qué cosa?

—Me gusta tu enamorada —le dijo

Fernando volvió a sonreír. Ana Lucía había ido a la cocina por un vaso de agua pero ya estaba volviendo. Se detuvo en el pasadizo cuando escuchó a Juancho.

—No es mi enamorada, estamos saliendo

—Bueno, no sé. La cuestión es que me gusta y estoy seguro de que si me conociera, se casaría conmigo

—¿Y qué propones?

—Que la dejes salir conmigo. Tengo una moto —tiró las llaves al centro de la mesa—. Si ganas, te la llevas

—Siempre he querido una moto

—Y yo siempre he querido una enamorada

—Pero no puedo apostar a Ana Lu porque ella no es mía

—Acepta —dijo una voz a sus espaldas, era Ana Lucía—. Pero si él gana, no volveré a salir contigo —hizo énfasis en la palabra “salir”

La mesa emitió un sonido de “esto se está quemando”

—De acuerdo —dijo Fernando—. ¿Qué tienes?

Una hora más tarde, Ana Lucía y Juancho caminaban la avenida Primavera con los bolsillos llenos de dinero. Iban conociéndose y aceptando que quizás sí eran el uno para el otro. Mientras tanto, Juancho le contó cómo es que la llave que tiró al centro de la mesa era la del candado de su bicicleta, que nunca más necesitaría porque dos días antes se la habían robado con todo y candado en Atocongo; y que sabía que Fernando aceptaría la apuesta porque había visto una moto negra en su fondo de pantalla.

—Por nada del mundo hubiera perdido la oportunidad de conocerte. ¿Quieres casarte conmigo? —le dijo y se puso de rodillas, a la altura del Maestro de Tomás Marsano

Y es así que a las cuatro de la madrugada, tocaron mi puerta para pedirme que los case. A Juancho lo conocí cuando él tocaba la guitarra en el coro de la iglesia. Ana Lucía me pareció una chica simpática y amable.

—Manito, tienes que casarme con esta mujer. Es lo mejor que me ha pasado y no la quiero perder. Mañana, cuando descubra que soy pobre y que me ganó la vida vendiendo películas en Polvos, querrá dejarme. Por eso me tienes que casar hoy mismo

—Juancho, no sé cómo casar

—Claro que lo sabes, Dios te iluminará

No sé en qué estaba pensando. Quizás quería librarme lo más rápido posible del asunto, quizás vi una chispa de amor en los ojos de los tórtolos. Probablemente, la hora azul me puso buena gente.

—Ya, Juancho, está bien. Los bautizo, los confieso y de ahí los caso

—Gracias, mano, eres el mejor. Deberías ser papa

FIN